

## TEORIA Y CLASIFICACION DE LA CIENCIA SEGUN IBN HAZM

UNA de las facetas más brillantes de la personalidad del gran polígrafo cordobés es su extraordinario interés por la cultura de su tiempo. Nos parecería imposible que un hombre tan metido en el bullicio de la política de su época, pudiese sacar tiempo para una actividad científica tan intensa como la que reflejan sus múltiples publicaciones. Quiero fijarme en este trabajo en ese aspecto científico, sobre todo en lo relacionado con la filosofía.

A este aspecto filosófico le ha dedicado unas páginas muy valiosas D. Miguel Cruz Hernández<sup>1</sup>. Es hasta el presente la mejor síntesis publicada sobre sus ideas filosóficas. A esta labor de síntesis le había precedido un análisis muy amplio de Asín Palacios, al que se le podía calificar como el descubridor de la personalidad científica de Ibn Hāzīm. No voy, pues, a detenerme en presentar esa visión de conjunto, que puede encontrarse perfectamente trazada, en lo que permite el material hasta ahora descubierto, en la obra de Asín y del Sr. Cruz Hernández.

Voy a exponer únicamente en breves líneas un punto que, refiriéndose a la filosofía, tiene relación también con todas las otras ramas del saber, y que hoy despierta gran interés. Me refiero al

---

<sup>1</sup> CRUZ HERNÁNDEZ, M.: *Historia de la Filosofía española. Filosofía Hispano-Musulmana*. Madrid, 1957, I, 239-299.

problema de la clasificación de las ciencias<sup>2</sup>. No parece que Ibn Hazm se haya planteado de una manera refleja el criterio científico que ha de presidir una clasificación sistemática de las ciencias. Con los datos, sin embargo, que poseemos, podemos sacar en claro cuál era su concepción de la ciencia, las distintas disciplinas que él dominaba en su vasto saber, e incluso el esquema de clasificación que más o menos estaba presente en su cabeza, cuando en sus obras redactó las distintas clasificaciones que hoy se conservan.

Su misma formación cultural un tanto anárquica debió de contribuir a esa falta de sistematización de las ideas en lo que a la clasificación de las ciencias se refiere. Se puede decir que las mismas necesidades de la vida fueron dictando el ritmo de su aprendizaje. Este, según ha observado Asín Palacios, se puede dividir en dos grandes etapas: una hasta los 30 años, y otra hasta el fin de sus días<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Para todo este asunto me he servido de la consulta de los siguientes trabajos:

IBN HAZM: *Kitāb fi marātib al-ʿulūm*. (Libro de la clasificación de las ciencias, del método de su investigación y de su mutua dependencia). Con el mismo título y la única «variante de «risāla», en lugar de «kitāb» se conserva un ms. en la biblioteca de la Mezquita M. Fāṭiḥ de Estambul, fols. 253 v-264 v, traducido en sus puntos principales por Asín Palacios en su artículo: *Un códice inexplorado del cordobés Ibn Hazm, Al-Andalus*, II (1934), 46-56.

— *Risāla al-tawfiq ʿalā šarḥ al-naṣṣ ʿl bi-niṣṣar al-tariq*. (Libro de las soluciones decisivas acerca de las religiones, sectas y escuelas). Estudiado y traducido en sus partes principales por Asín Palacios en su obra: *Abenhazam de Córdoba y sus historia de las ideas religiosas*. Madrid, 1927, 5 vols.

— *Kitāb al-ʿajlāh wa-l-sira*. (Libro de los caracteres y de la conducta). Trad. por Asín Palacios, Madrid, 1916 (Tratado de moral práctica).

— *Kitāb al-ihkām fi uṣūl al-ahkām*. (Libro de los principios de los fundamentos jurídicos). El Cairo, 1927-1930, 8 vols.

— *Risāla fi faḍl al-Andalus*. (Epístola sobre la excelencia de al-Andalus). Trad. francesa de Pellat, en: *Ibn Hazm, bibliographe et apologiste de l'Espagne musulmane, Al-Andalus*, XIX (1954), 53-102.

— *Al-riṣāla al-macrūfa bi-tawq al-ḥamīma*. (El collar de la Paloma. Tratado sobre el amor y los amantes). Trad. española de E. García Gómez. Madrid, 1952.

Además de la obra de Cruz Hernández citada en la nota 1 y de las obras y artículos citados en las mismas obras de Ibn Hazm, se refieren a la clasificación de las ciencias:

ASÍN PALACIOS, M.: *Un códice inexplorado del cordobés Ibn Hazm*. «Al-Andalus», II (1934), 1-56.

— *El origen del lenguaje y problemas conexos, en Algazel, Ibn Sida e Ibn Hazm*.

La primera estuvo determinada por las pretensiones de su padre que quería que su hijo fuese político como él. Ahora bien, el acceso a los cargos políticos exigía como preparación una formación casi exclusivamente literaria. Esta la recibió en su infancia por medio de las mujeres del harén que le enseñaron las primeras letras: lectura del Corán, escritura y recitación memorística de poesías clásicas. Consta además que asistió en la mezquita de Córdoba a los cursos de literatura clásica que allí se daban. El mismo Ibn Hāzīm cita las de un profesor que explicaba las poesías anteislámicas<sup>4</sup>.

A los 15 años comenzó su enseñanza superior bajo el magisterio de Benalchosur, que le enseñó la historia: tradiciones, dichos y hechos del Profeta (base de la teología y derecho musulmanes), e historia universal sagrada y profana, según el texto del Tabarí. Continuaron este magisterio Human e Ibn Banūs. Una vez instruido en estas enseñanzas religiosas, comenzó su iniciación en la lógica bajo la dirección del célebre maestro el Cantaní, que conocía muy bien la enciclopedia aristotélica y la matemática, y ejercía además la medicina. De estos estudios brotó, sin duda, el aprecio que Ibn Hāzīm profesará toda su vida hacia la lógica y cuyos frutos se pudieron apreciar en el vigor dialéctico de sus constantes polémicas. Culminó, por fin, la formación de su primera época con el estudio superior de lengua y literatura árabes. Su principal maestro fue el mercader egipcio Abu-l-Qāsim Abderrahmán, de gran erudición filológica y literaria y gran conocedor de la métrica árabe.

---

«Al-Andalus», IV (1939), 253-381, También en: *Obras escogidas*, II-III. Madrid (1948), 255-358. (En el artículo citamos por ésta última).

— *La tesis de la necesidad de la revelación, en el Islam y en la Escolástica*. «Al-Andalus», III (1935), 349-389.

RIBERA Y TARRAGO, J.: *La enseñanza entre los musulmanes españoles*. En: *Disertaciones y opúsculos*. (Ed. colectiva que en su jubilación del Profesorado le ofrecen sus discípulos y amigos (1887-1927) con una introd. de M. Asín Palacios), I (Madrid, 1928), 229-350. (En 1925 la Academia de Córdoba publicó una segunda edición de este trabajo que había sido un discurso inaugural en la Universidad de Zaragoza).

(En las citas de ellas haremos referencia a la bibliografía que acabamos de indicar, poniendo únicamente en castellano la palabra principal del artículo o libro de Ibn Hāzīm con la referencia al sitio donde puede encontrarlo el lector de habla española).

<sup>3</sup> ASÍN PALACIOS: *Abenħazam*, I, 96 y ss.

<sup>4</sup> *Libro del Amor*, 65.

Vemos, pues, que en todo este primer período de su vida hasta los 30 años, además de su formación religiosa musulmana, se especializó, bajo la dirección de buenos maestros, en la gramática y en el léxico árabes, la poesía y la elocuencia, la lógica y la historia. Todo ello quedó plasmado en su «Libro de Amor»<sup>5</sup> que le conquistó su gran renombre de poeta y literato. A esto se juntaba el aprecio por la enciclopedia aristotélica y su inclusión de la matemática y la medicina, en la clasificación que veía tan bien representadas en algunos de sus profesores.

A los 26 años siente la necesidad de imponerse en el derecho, y se somete durante tres años al magisterio de buenos maestros, al final de los cuales queda convertido en un buen teólogo, jurisconsulto y apologista del Islam. Una de las cosas que más atrajeron la atención de toda su vida fue el estudio comparado de las diversas escuelas jurídicas y de las distintas religiones, que cristalizó en su obra clásica el «Físal», o «Historia crítica de las religiones, herejías y escuelas»<sup>6</sup>.

Así resume en los siguientes términos el conjunto de los conocimientos de Ibn Házim en el período de su madurez:

«De su enorme erudición hácese eco todos sus biógrafos que ponderan, no sólo su cultura en las ramas de la enciclopedia musulmana (lengua, literatura, poesía, historia, tradiciones poéticas, derecho, genealogía, etc.), sino el profundo conocimiento que poseía de las otras ciencias, extrañas al islam por su origen, es decir, de la lógica y filosofía de los griegos: excluidas, en efecto, las matemáticas en las cuales el mismo Abenhazam confiesa ser profano, todas las ramas de la enciclopedia griega parecen serle familiares, porque, si bien de propósito no pudo tratar de ellas en sus libros por ser éstos de materias teológicas y jurídicas, sin embargo, la estrecha relación que guardan muchos problemas de teología dogmática con otros de metafísica, psicología y física, fuézanle con frecuencia a exponer y discutir algunos de estos últimos, como se puede ver a cada paso en las nutridas páginas de su *Historia*. A esta cultura islámica y griega unía además Abenhazam una tal información en las literaturas judaica y cristiana, que le permitía citar oportunamente en sus polémicas los más va-

<sup>5</sup> Véase la bibliografía completa de esta obra en la nota 2.

<sup>6</sup> Es la obra que aparece en la nota 2 con el título de «Historia crítica».

riados textos de ambas... La disciplina eclesiástica el tecnicismo teológico, la exégesis bíblica y la doctrina de los Santos Padres no eran tampoco materias ajenas a su erudición cristiana... Díjase lo propio de las /citas/ que atañen a los libros talmúdicos... Fuera de estos casos, las citas de libros son más vagas e imprecisas; pero no por ello dejan de argüir una extensa cultura bibliográfica. Así, por ejemplo, vémosle mentar algunas veces, en esa forma menos exacta, los libros antiguos de los persas, las historias de los pueblos no árabes y las de los emperadores romanos, las crónicas de los reyes de Grecia, obras de Aristóteles, Tolomeo, Flavio Josefo, San Julián de Toledo, San Juan Crisóstomo, etc., etc.»<sup>7</sup>.

### *Su concepción sobre la ciencia*

Para comprender mejor su concepción sobre la ciencia es interesante observar antes su postura científica, que contrasta un poco con el método de defenderla. El mismo Ibn Hazm nos cuenta los dos bandos que se dividían el campo de la ciencia en su tiempo. La característica de ambos era un fanatismo cerrado, que comprometía la solución armónica de los problemas planteados por la fe y por la razón. Su antipatía por los dos fanatismos científicos es la que va a decidir su postura de equilibrio entre los dos extremos, más cercana a la verdad objetiva que la de sus adversarios, pero que, defendida con el mismo apasionamiento, va a comprometer también su admisión y le va a enajenar la voluntad de ambos partidos.

De una parte estaban los librepensadores, despreciadores de todo lo religioso y dedicados exclusivamente al cultivo de la razón. Su formación científica consistía más o menos en el siguiente patrón: estudio de las matemáticas y propiedades de los números, astronomía, libros de los griegos que determinan las leyes reguladoras del razonamiento discursivo. En esto último entraba ciertamente la lógica, y muy probablemente toda la enciclopedia filosófica, sin distinguir la fuerza de sus argumentos apodícticos, retóricos o polémicos y de mera autoridad. Por último, la astrología judiciaria basada en la animación de los astros y su

<sup>7</sup> *Historia crítica*, I, 188+189.

gobierno de los fenómenos del mundo sublunar. La consecuencia de su acervo científico mal digerido era un desprecio olímpico del Corán, de las tradiciones del Profeta y de todo lo religioso, y en la vida práctica, un desenfreno total, fruto del indiferentismo religioso, o el culto idolátrico de los astros.

En el otro bando extremo estaban los sabios de las ciencias religiosas, despreciadores de toda ciencia natural, y, por lo mismo, o repetidores mecánicos de la letra de la ley o cultivadores de una casuística sin fundamento o crédulos de tradiciones disparatadas. El convencimiento de los demás había que conseguirlo únicamente por una invitación inicial o con una imposición por la fuerza de las armas al que no quisiese aceptarlo por las buenas. La consecuencia era el desprestigio de todo lo religioso para el que tuviese el más ligero sentido de la dignidad humana, y una ignorancia supina en los teólogos, incapaces de poder razonar sus dogmas religiosos.

Ibn Hazm reacciona vivamente contra estos dos extremos. Hace una apología vibrante de la lógica y de todos aquellos conocimientos de la enciclopedia griega que puedan probarse de una manera apodíctica, y exige que esas verdades demostradas con evidencia por la razón se encuentren en los libros sagrados y en las tradiciones del Profeta. Esta postura de conciliación entre la fe y la filosofía es la que le llevará al estudio de la filosofía griega para encontrar en ella las armas naturales con que poder defender su religión.

De esta manera su concepción de la ciencia será esencialmente universal. En ella entrarán todos los conocimientos tanto teológicos como filosóficos, que Dios ha destinado para la inteligencia humana. He aquí cómo nos resume Asín su concepción universalista de la ciencia en uno de los libros de Ibn Hazm: «De todos los peligros se libra el que consagra su vida al estudio con desinterés absoluto, buscando en él, aparte del logro de su fin último, la conquista de la verdad (patrimonio del hombre que lo distingue de las bestias) sin aspirar a otros bienes caducos, como lo son las riquezas, la fama y los honores. El verdadero sabio los sacrifica todos en aras de la ciencia, para cuyo logro no vacila ante cualquier esfuerzo, por penoso que sea, o ante cualquier gasto, si con él puede adquirir un libro que le sea necesario o útil. Todos lo son a juicio de Ibn Hazm, que en este punto traza un

sobrio, pero justo, elogio de ellos, para recomendar a la vez la conveniencia de no limitar la erudición a un solo libro en cada materia, sino ampliarla a varios para contrastar sus diferentes opiniones»<sup>8</sup>.

Pero entre estos conocimientos hay una auténtica jerarquía. En esta jerarquía, las ciencias humanas, aunque se trate de la poesía tan predilecta de sus aficiones literarias, ocupará un rango muy inferior al de las ciencias teológicas: «Llegado a esta meta de sus investigaciones, el estudioso no debe ya preferir ninguna disciplina científica a la teología, es decir, al examen de la revelación islámica, ni sustituir el magisterio infalible de Dios y su Profeta por el de cualquier autor humano. Todas las demás ciencias profanas, aun las más exactas y veraces —matemática y lógica, por ejemplo—, son útiles únicamente como propedéuticas y auxiliares para llegar al conocimiento y a la práctica de la ciencia revelada»<sup>9</sup>.

Por eso la actitud del sabio que posee las ciencias humanas ha de ser de modestia ante los que poseen ciencias superiores: «Finalmente quizá esa ciencia, de cuya posesión tanto te jactas, sea una de las ciencias modernas, cuya importancia no es grande, como el arte poética y otras análogas. Y en tal caso, compárate con hombres que poseen ciencias más nobles que la tuya, así en lo temporal como en lo eterno, y acabarás por despreciarte a tí mismo»<sup>10</sup>.

Por encima, por lo tanto, de todos los conocimientos naturales están las verdades reveladas. Más aún, el origen de todo conocimiento humano ha de ser una revelación primigenia de Dios al hombre. «Sabemos con certeza que jamás podrían ser adquiridas las ciencias y las artes por el hombre, guiado sólo por las fuerzas naturales y sin el auxilio de la enseñanza... Luego forzosamente debemos afirmar que debió existir por necesidad un hombre o más, a quienes enseñase Dios en un principio todo esto, sin intervención de maestro humano, sino mediante inspiración directa, de la cual estuviesen bien seguros los que la recibieran»<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> *Clasificación de las ciencias*, 50-51.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, 50.

<sup>10</sup> *Libro de los Caracteres*, n.º 238. (Hacemos referencia a los números en que dirigió su traducción Asín Palacios).

<sup>11</sup> *Historia crítica*, I, 71-73.

Ya Asín Palacios había llamado la atención sobre un grupo de teólogos musulmanes que exigían una revelación divina para explicar el origen de todas las ciencias y artes humanas<sup>12</sup>. «Desde Yahız de Basora (siglos VIII-IX de J. C.), que inicia la idea en Oriente, hasta Averroes, que todavía da fe de su existencia en el s. XII en Al-Andalus, un grupo de pensadores insiste sobre ella con razones apriorísticas y de experiencia, más o menos desenvueltas y fundamentadas»<sup>13</sup>.

Pero ninguno defendió esta verdad del tradicionalismo tan tenazmente, ni la desarrolló con más amplitud que el mismo Ibn Hazm. Ni la medicina, ni la astronomía, ni las artes prácticas. «Y dígase lo mismo del origen de las ciencias, pero entendiendo por tal, no la primera redacción y compilación de los conocimientos científicos en los libros escritos (porque ésa es una tarea que no exige gran esfuerzo, ya que se reduce a consignar por escrito lo que se ha oído y a referirlo a los demás, como se ve en los libros que tratan de lógica, medicina, geometría, astronomía, gramática, lexicografía, poética, métrica, etc.); nos referimos al origen primero del trabajo de inventar la lengua misma y de emplearla como medio de expresión, y la invención del conocimiento científico de la astronomía, al descubrimiento de las enfermedades individuales y de sus especies, de las virtudes de los medicamentos y su aplicación y a la invención primera de las artes. Luego es evidente que la inspiración divina es absolutamente necesaria»<sup>14</sup>.

Es curioso observar que ninguno de los predecesores de Ibn Hazm incluye al lenguaje entre las artes y ciencias que exigen un origen profético. Como buen filólogo y tratadista de la filosofía del derecho musulmán no le era indiferente la técnica del lenguaje hasta para decidir no pocos puntos oscuros y controvertidos en la exégesis de la palabra revelada.

Este tradicionalismo rígido y universal lo resume Ibn Hazm en otra de sus obras: «...todo cuanto el hombre conozca, desde el momento en que comienza a existir por obra del Creador, tratándose de verdades que naturalmente no pueden ser conocidas sin enseñanza, es del todo imposible que las conozca sin un maes-

<sup>12</sup> *La tesis de la necesidad.* (Cfr. nota 2).

<sup>13</sup> *Obras Escogidas*, II-III, 357.

<sup>14</sup> *Ibidem*, 359.



tro al cual se las haya enseñado el Creador y que luego ese maestro enseñe a los demás hombres de su especie lo que su Señor le ha enseñado a él...»<sup>15</sup>.

La ciencia es ciertamente un don gratuito de Dios y de ninguna manera se debe al esfuerzo del hombre. Como lo comprueba la experiencia cotidiana de tantos hombres que desean la sabiduría, y a pesar de recurrir a lecturas y a buenos maestros no consiguen nada: «De donde debe inferir el que ya es sabio lo siguiente: que si la sabiduría fuese el resultado exclusivo del personal esfuerzo y aplicación al estudio, de seguro que el sabio sería aventajado por aquellos otros que no lo son. Luego es evidente que la sabiduría es un don de Dios. ¿Cómo encontrar, pues, en ella motivo de vanagloria, si lo único que cabe es humillarse, agradecer a Dios tan preciado don, pedir que nos lo aumente y rogarle que no nos lo quite?»<sup>16</sup>.

De estas ciencias enseñadas por Dios al primer hombre o grupo de hombres, no todas han sido conservadas por la humanidad: «Las ciencias y las artes, privilegio exclusivo del hombre y don singular con que Dios lo ha distinguido entre todas sus criaturas, han existido desde los más remotos siglos; pero de todas ellas, unas han sobrevivido y subsisten hoy todavía por su necesidad, mientras que de otras, como la magia y la ciencia de los talismanes, quedan tan sólo sus huellas, aparentes o externas, y ha desaparecido su real conocimiento. Dígase lo propio de la música, cuyas tres especies de que los antiguos hablan han desaparecido por completo. La alquimia, en cambio, no ha existido jamás realmente, pues quienes dicen conocerla son unos farsantes que sólo proponen enriquecerse con moneda falsa, ya que *a priori* es absurda la real transformación del cobre en oro, como la de cualesquiera esencias, unas en otras»<sup>17</sup>.

El que la ciencia sea un don divino hace que sea considerada por Ibn Hāzīm como algo que eleva al hombre y lo constituye como en una casta superior a la de los ignorantes<sup>18</sup>, lo libre de

<sup>15</sup> *Kitāb al-ihkām fi usūli-l-ahkām*. (Libro del sólido conocimiento de los fundamentos jurídicos). «Obras Escogidas», II-III, 378-380.

<sup>16</sup> *Libro de los Caracteres*, n.º 235. Cf. n.º 234.

<sup>17</sup> *Clasificación de las ciencias*, 47.

<sup>18</sup> *Libros de los Caracteres*, números 31-35.

muchas tentaciones y de no pocas preocupaciones molestas e inútiles. Esto le obliga también a establecer una serie de leyes morales relativas a la adquisición y a la comunicación de esa ciencia. Por lo pronto hay que aspirar siempre a ocuparse en el ejercicio de las ciencias más elevadas a las que según sus cualidades pueda aspirar cada uno. Lo contrario sería malgastar los dones de Dios, como sería despilfarrar una tierra fértil haciendo germinar en ella un solo grano, o plantando jaras silvestres donde se puedan dar muy bien palmeras y olivos<sup>19</sup>.

Por lo mismo que la ciencia es manjar de selectos, no se puede lanzar sin discriminación al vulgo. Esto equivaldría a dar miel y confituras a un febricitante, o poner almizcle y ámbar ante las narices del que «padece jaqueca por pirosis biliaria»<sup>20</sup>.

No conviene perder el tiempo en salvas dedicándose al estudio de cuestiones inútiles. «Ponen algunos tal esfuerzo y perseverancia en profundizar problemas disparatados y absurdos, que, si aplicasen igual trabajo a cuestiones racionales, acabarían por ser más sabios que Alhasan de Basora y Platón el Ateniese y Buzurchomihir el Persa»<sup>21</sup>.

La utilidad de las ciencias se debe medir preferentemente por su conducencia a la salvación eterna: «De todas las ciencias existentes hoy, el hombre debe preferir, pues, las que más útiles le sean para su fin último; las que sólo para la vida presente le aprovechen habrá de estudiarlas también, pero en la sola medida en que le ayuden para lograr aquél. Estudiarlas éstas últimas para ganar dinero es necesidad, pues más fácil y seguramente se gana con la agricultura o el comercio. El dinero, además, no merece tanto sacrificio, pues una vez ganado, «no sabes cuándo te dejará o lo dejarás tú». Estudiarlas para conservar o recuperar la salud, como ocurre con la medicina, es también aleatorio y de utilidad muy discutible, pues nunca es seguro que la enfermedad curada no vuelva o que aparezca otra más grave, ni menos aún es posible evitar la muerte. Si, pues, las ciencias profanas son poco útiles para ganar un dinero deleznable y para conservar una salud temporal, y, a pesar de eso, exigen grande esfuerzo, más razo-

<sup>19</sup> *Ibidem*, n.º 35.

<sup>20</sup> *Ibidem*, n.º 36.

<sup>21</sup> *Ibidem*, n.º 42.

nable será consagrarse al estudio de las ciencias religiosas, que sin tanto trabajo conducen a una felicidad infinita y eterna»<sup>22</sup>.

Entre todas estas normas morales que han de regir el ejercicio de la ciencia, hay una que caracteriza el espíritu que animó en sus polémicas a Ibn Házim: «No hagas daño a tu propia alma obligándola a examinar y criticar las doctrinas perniciosas para convencer de su malicia al que sobre ellas pida tu opinión, porque si esto haces te perderás. Mejor te será contradecirle pura y simplemente, sin razones, aunque con ello te ganes sus reproches, que no conseguir que te confiese su error y se arrepienta, pues en el primer caso te habrás librado del contagio de sus perniciosas doctrinas, mientras que en el segundo es fácil que quedes contaminado»<sup>23</sup>. Es toda la mentalidad de una época y que no se compagina tan fácilmente con la postura de equilibrio doctrinal que adoptó Ibn Házim entre los dos fanatismos que describíamos al principio de esta sección.

Las relaciones entre la ciencia y la práctica de la virtud las describe en estos dos párrafos llenos de sentido común: «Grande es la utilidad que la ciencia reporta para la práctica de las virtudes: ella nos hace apreciar la hermosura de la virtud, y nos mueve, aunque raras veces, a ponerla en práctica; ella nos hace ver la fealdad del vicio, y nos mueve, aunque pocas veces, a evitarlo; ella nos enseña cuánto vale la buena reputación, y nos anima a procurárnosla; ella nos muestra los daños de la mala fama, y nos la hace abominable. De estas premisas se infiere que la ciencia tiene su parte de influjo en la práctica de toda virtud, como la ignorancia la tiene en todo vicio. Infírese también que de los hombres no adornados de ciencia, únicamente practicarán la virtud aquellos que tengan un corazón purísimo y un temperamento moral muy excelente. En esta categoría entran especialmente los Profetas, porque Dios les ha comunicado la ciencia del bien, sin que hayan tenido que aprenderla de los hombres.

«Sin embargo, entre la turbamulta del vulgo ignorante he visto algunos hombres, aunque en verdad pocos, observar una conducta tan irreprochablemente justa y loablemente virtuosa, que nadie los aventajaba, ni aun el hombre sabio y prudente, consagra-

<sup>22</sup> *Clasificación de las ciencias*, 47-48.

<sup>23</sup> *Libro de los Caracteres*, n.º 44

do *ex professo* a mortificar sus apetitos. En cambio, entre los que se dedican a los estudios científicos y que conocen perfectamente los preceptos religiosos de los profetas y las recomendaciones éticas de los filósofos, he visto muchísimos que aventajaban a los hombres más malvados de la tierra en su conducta abominable y corrompida, así en público como en secreto. Esto me ha hecho pensar que las virtudes son dones gratuitos de Dios que El otorga o niega a quien le place»<sup>24</sup>.

### *Clasificación jerárquica de las ciencias*

No todas las ciencias tienen el mismo relieve para Ibn Házim. Además del criterio de las cualidades personales que han de decidir, según veíamos antes, las materias a cuyo estudio debe aspirar cada individuo, existen otras normas para juzgar sobre la elevación objetiva de cada una de las disciplinas científicas. A todas ellas ha de presidir la de cierto pragmatismo intelectual. Ya vimos más arriba que no ha de perderse el tiempo en estudios inútiles, aunque sean muy sutiles.

En cuanto a la clasificación de las ciencias, se podría atender en primer lugar al criterio de una mayor o menor dificultad en su abstracción especulativa. Los entendimientos más sutiles han de ir robusteciéndose con el estudio de las materias más difíciles: «Las ciencias abstrusas son como los medicamentos enérgicos, que curan a los cuerpos robustos y matan a los organismos débiles. Así también las ciencias abstrusas acrecientan el talento de la inteligencia vigorosa y la pulen más y más quitándole sus defectos; en cambio, matan al hombre de inteligencia débil»<sup>25</sup>.

Este es el criterio que parece presidir el aprendizaje de los jóvenes en el ambiente musulmán medieval<sup>26</sup>. Ibn Házim se ha preocupado de trazarnos el plan pedagógico que según él ha de seguir el maestro para el mejor aprovechamiento del alumno: «Hasta los cinco años ha de enseñárseles a hablar con soltura, luego, a escribir claramente, pero sin primores caligráficos, y, simultáneamente, a leer, mediante el Alcorán, cuyo conocimiento le servirá

<sup>24</sup> Ibídem, 54-55. Cf. números 234 y 237.

<sup>25</sup> Ibídem, n.º 41.

<sup>26</sup> RIBERA Y TARRAGÓ: *La enseñanza*. (Cf. nota 2).

a la vez de medio el más adecuado para su instrucción religiosa y educación moral. Después se ha de entrar ya en el estudio de la gramática y lexicografía, con arreglo a los textos máximos y mínimos ya señalados por Ibn Hāzīm en su anterior opúsculo, tema tercero, y que aquí de nuevo señala con mayor detenimiento, añadiendo otros libros de consulta, orientales y occidentales o andaluces<sup>27</sup>. Las poesías clásicas deben ser también estudiadas como documentos gramaticales y lingüísticos, pero evitando las galantes o eróticas, por su inmoralidad; las bélicas, que provocan a la cólera y a la injusta violencia; las nostálgicas, que evocan una melancolía romántica inútil y aun dañosa, y las satíricas, que siembran con sus maledicciones la discordia entre los hombres. Sólo dos géneros poéticos son recomendables para Ibn Hāzīm (aparte del ascético o sentencioso y del narrativo o épico), a saber, la loa y la elegía, siempre que en ellas se evite toda falsedad hiperbólica en el elogio del vivo o del difunto. Este estrecho criterio moral acerca de la poesía árabe no está inspirado en ignorancia o inexperiencia del arte (achaque de censores mojigatos), pues Ibn Hāzīm era bien conocido como eximio poeta, y de ello se gloria aquí con frases rotundas y tajantes.

«Adquiridos los conocimientos filológicos, debe pasar el estudiante a los científicos, por este orden: primero, el cálculo aritmético y la geometría, como propedéutica, ya para la cosmografía y astronomía, sirviéndose de los libros de Euclides y del Almagesto, ya para la arquitectura y mecánica. De estas disciplinas, como de las anteriores, Ibn Hāzīm desenvuelve con bastante pormenor el contenido de sus respectivos objetos... Tras estas disciplinas matemáticas, ha de pasar el estudiante a las filosóficas, comenzando por la lógica, que es el arte instrumental de todas ellas, y recorriendo sucesivamente las diferentes partes de la física (mineralogía, botánica, zoología y anatomía del cuerpo humano), siempre con el propósito de vislumbrar a través de las maravillas del cosmos la omnipotencia y sabiduría de su Hacedor. Con este mismo intento debe el estudiante, desde su primera iniciación en las disciplinas científicas, cultivar como descanso el cultivo de la historia, cuyas altas y profundas enseñanzas morales inspiran en quien

---

<sup>27</sup> El opúsculo anterior es el que resume Asín en su artículo: *Un códice inexplorado*, con el título de: «Epístola resumen de los varios aspectos que ofrece el problema de la salvación». El tema tercero se encuentra en la p. 29 de dicho artículo.

las recibe sincera aversión a los crímenes que la historia narra y emulación ante los actos nobles de los sabios y santos.

«Así preparado el ánimo, Ibn Hāzīm recomienda entrar ya de lleno en el estudio de la metafísica. Sus premisas se toman de las ciencias físicas y exactas: con ellas y el auxilio de la lógica llega la razón sucesivamente a establecer que el mundo es temporal, finito y causado y que su causa primera, Dios, es única. De aquí pasa a investigar si la revelación de Dios a los hombres es o no posible, y, una vez demostrada *a priori* su posibilidad y *a posteriori* su real existencia, cede el paso ya la metafísica a la teología dogmática, la cual examina los títulos que exhiben los varios fundadores de religiones positivas para justificar su pretensión de enviados de Dios a los hombres. De este examen crítico y comparado de las religiones humanas —idolatría, brahmanismo, maniqueísmo, cristianismo, zoroastrismo, judaísmo— infiere Ibn Hāzīm que sólo el Islam ofrece garantías científicas de que su fundador fue verdadero enviado de Dios»<sup>28</sup>.

Como puede apreciarse, no existe una ley uniforme y universal en la España musulmana, de la que se pueda deducir alguna división sistemática de las ciencias. Las circunstancias particulares de cada alumno y las aficiones del maestro son las que deciden en cada caso de una manera meramente pragmatista el orden del aprendizaje. Con todo en esta programación que ofrece Ibn Hāzīm se pueden apreciar bien claros los rasgos de la división aristotélica de las ciencias, si bien anteponiendo la matemática a la física y aun a la filosofía.

Fuera de este criterio que pudiéramos llamar pedagógico de clasificación de las ciencias, podríamos intentar ahora fijarnos en las características de las distintas clasificaciones de las ciencias que se encuentran en la obras de Ibn Hāzīm.

El libro, en el que mejor podría aparecer una clasificación de las ciencias, es aquel en que Ibn Hāzīm vertió los conocimientos todos que podían constituir su enciclopedia personal. Me refiero al «Fīsal» o Historia crítica de las ideas religiosas. Al tratar de resumir en esta obra las distintas doctrinas dentro del Islam para contrastarlas con las que a él le parecían las más auténticas, era de esperar que en su exposición siguiese el orden que mejor repre-

<sup>28</sup> *Clasificación de las ciencias*, 48-51.

sase la sistematización de sus propias ideas. Pero ni aun aquí aparece esa clasificación sistemática que vamos buscando.

El «Físal», además de ser una Historia de las Religiones, es también y de una manera principal una Historia de los Dogmas y de la Teología Islámica. Es una verdadera enciclopedia del saber islámico de su tiempo. Su contenido lo resume Asíñ Palacios en su magistral obra sobre Abenhazam: «El plan, en sus líneas generales, es el siguiente: Comienza enumerando las cuatro herejías principales del Islam... Para Abenhazam, casi todas las herejías islámicas tienen su origen en el nacionalismo de los persas, que, sojuzgados políticamente, reaccionaron contra el Islam, simulando convertirse para mejor corromperlo, ingiriendo en su credo ideas y prácticas zoroastras, por medio de la exégesis alegórica del Alcorán. De aquí la necesidad de la interpretación literal o *dahirí* para desenmascarar sus errores... El plan adoptado por Abenhazam consiste en agrupar las opiniones erróneas de las varias sectas y escuelas en derredor de cada uno de los problemas cardinales de la teología dogmática... Abenhazam expone primero, textual y objetivamente, las tesis heterodoxas de la secta o sectas que los niegan o tergiversan, mas las pruebas alcoránicas, tradicionales y filosóficas que en su apoyo los herejes aducen; seguidamente opone Abenhazam su tesis personal, cuya ortodoxia demuestra; por fin refuta las razones aducidas por los herejes»<sup>29</sup>.

A continuación expone el contenido de cada uno de los tratados del «Físal» que en la teología escolástica cristiana equivaldrían a los cinco: *De Deo*; *De praedestinatione, gratia et libero arbitrio*; *De fide*; *De futura hominis vita*; *De pontifice*.

En lo referente a la sistematización de sus ideas filosóficas nos informa el mismo Asíñ: «Aunque falte en este tratado toda división metódica, parece vislumbrarse cierta agrupación por materias en este orden: temas teológicos y metafísicos; físicos o cosmológicos; antropológicos o psicológicos»<sup>30</sup>. A continuación va exponiendo el contenido de las ideas en cada uno de estos tratados filosóficos. Como se ve, tampoco aparece claro en esta enciclopedia científica del «Físal» una clasificación sistemática de las ciencias que obedezca a un criterio diáfano y bien definido.

<sup>29</sup> *Historia crítica*, II, 55 y ss.

<sup>30</sup> *Ibidem*, 69 y ss.

Otro de los sitios un poco obligados para que se manifestase una cierta clasificación de las ciencias es la apología que escribió Ibn Ḥazm sobre el valor científico de los sabios de Al-Andalus. Cierta lexicógrafo, poeta y literato, por nombre Ibn al Rabīb había reprochado en una epístola literaria el descuido de las gentes de Al-Andalus en perpetuar el recuerdo de sus celebridades: reyes, visires, sabios, poetas, cadīs y otros. Un amigo de Ibn Ḥazm le pide que responda a esta acusación, y, efectivamente, lo hace con una *risāla*, que se nos ha transmitido con el título de «Epístola sobre la excelencia de Al-Andalus y recuerdo de sus hombres»<sup>31</sup>, título que no es original de Ibn Ḥazm, pero que reproduce el contenido de la epístola.

Al tratar de redactar la bibliografía de los sabios de Al-Andalus, la va distribuyendo por materias. En esta distribución de autores según las disciplinas cultivadas por ellos, la clasificación de las ciencias se hace según el siguiente esquema: comentarios al Corán, hadices, derecho, lexicografía, filología, poesía, historia, medicina, filosofía, matemáticas, teología, métrica de poetas insignes y prosa artística.

Algo más aparece aquí el esquema de la división aristotélica de las ciencias, sobre todo en lo que se refiere a los estudios superiores. Después de la enseñanza primaria, consistente en un estudio inicial de los problemas religiosos (Corán, hadices y derecho), vendrían las ciencias correspondientes a las humanidades (lexicografía, filología, poesía e historia), base de toda enseñanza superior. Por último la enseñanza superior, que sería el equivalente de la filosofía griega, si bien completada con la ciencia revelada: la medicina, que en la mente de Ibn Ḥazm corresponde un poco a la ciencia práctica de Aristóteles, es decir, no sólo a la cura del cuerpo, sino también y principalmente a la cura del alma, es decir, a la ética. Hasta el punto de que una de las obras éticas más principales de Ibn Ḥazm va encabezada con el título: «libro de los caracteres y de la conducta que trata sobre la medicina de las almas»<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> Cf. nota 2.

<sup>32</sup> Otros códices llevan los títulos de: *Filosofía de las costumbres llamada medicina de las almas, corrección de los hábitos morales y fuga de los vicios*. (Cf. la trad. de Asín, XVI-XVII). En el ms. árabe n.º 2704 de la biblioteca de la mezquita F.ūṭiḥ de



Después de la ciencia práctica viene la ciencia teórica aristotélica con sus tres grados de abstracción: filosofía, que comprende ciertamente la lógica, al menos como ciencia propedéutica, y la física o cosmología, juntamente con la psicología; a éstas sigue la matemática; y por último lo equivalente a la metafísica, es decir, la teología, que abarca tanto la metafísica aristotélica como la ciencia revelada del Kalām y de la jurisprudencia. Y para coronar esta clasificación que tanto se acerca a la de Aristóteles, las ciencias métricas y prosa artística, que recordarían la poética y la retórica de Aristóteles.

Pero conservamos dos obras de Ibn Hāzīm que están especialmente relacionadas con la clasificación de las ciencias. La primera lleva por título: «Epístola del auxilio divino para encontrar por método compendioso el camino de la salvación»<sup>33</sup>. Es la respuesta de una consulta de alguien que estaba preocupado ante la actitud mental contradictoria de los filósofos y de los teólogos en la búsqueda de la verdad y en el logro de la felicidad. Los amantes de la filosofía abogaban por el camino de las ciencias antiguas de los griegos. Mientras que los teólogos recurrían a la autoridad exclusiva de la revelación profética. Ya conocemos cuál es la actitud mental de Ibn Hāzīm frente a este doble fanatismo. También aquí adopta la postura de un sano equilibrio, aceptando cuanto de bueno le ofrecen la filosofía y la teología. Es interesante a este propósito conocer el resumen que hace de la ciencia griega y de su licitud desde el punto de vista religioso tanto para ver hasta dónde llegaba el conocimiento de la ciencia helénica en la España musulmana del s. XI, como sobre todo para el tema que ahora nos preocupa de la clasificación de las ciencias:

«Las ciencias de los antiguos son las siguientes: 1.ª La filosofía (falsafa) y las leyes de la lógica (mantiq), sobre las cuales discurrieron, Platón, su discípulo Aristóteles, Alejandro de Afrodisia y quienes siguieron sus huellas. Esta ciencia es buena y de rango elevado, porque en ella estriba el conocimiento intuitivo del mundo entero, con todo cuanto hay en él, sus géneros y especies,

---

Constantinopla figura con el título *Risāla fī mudāwātī al-nutūs wa-tahdībī al-aḥlāq wa-ḡuhdī*: «Epístola sobre la medicina de las almas, la corrección de los hábitos morales y la abstención de los vicios» (Cf. Asín: *Un códice inexplorado*, 18).

<sup>33</sup> Cf. nota 2.

sustancias y accidentes, a más de fijar las condiciones que ha de reunir la demostración apodíctica, sin la cual no puede constar la verdad o el error de ninguna cosa. La utilidad de esta ciencia es, pues, muy grande para discernir las esencias reales de los seres y eliminar lo que no pertenece a ellas. 2.ª La ciencia de los números, sobre la cual discurrieron Andrómaco, autor del «Libro de la aritmética, que trata de las propiedades naturales de los números, y quienes siguieron su dirección. Es también ciencia buena, veraz y apodíctica; pero su utilidad es tan sólo para la vida de acá abajo, pues aprovecha no más que para dividir los caudales entre sus propietarios, y para cosas así. Ahora bien, lo que sólo para la vida presente sirve, bien poca es la utilidad que tiene, pues muy pronto desaparece con nuestra salida de esta morada, sin poder subsistir después; todo lo que acaba es como si no fuera... 3.ª La ciencia de la geometría (masāha)... También es ciencia buena y apodíctica... Mas esta división no es útil sino para la vida presente tan sólo, y ya hemos dicho que lo que únicamente en esta vida tiene lugar, aprovecha bien poco por su pronta desaparición, aparte de que el hombre a menudo permanece en este mundo toda su vida desprovisto de esas dos ciencias, sin que tal ignorancia le dañe gran cosa para su felicidad presente y futura. 4.ª La astronomía (ilm al-hay'a), de la que trataron Ptolomeo y, antes que él, Hiparco y después, los que siguieron el camino de ambos, o también quienes siguieron el camino de otros /astrónomos/ anteriores a aquellos dos, de las gentes de los indios, nabateos y coptos. Es ciencia apodíctica /basada/ en experiencia sensible, y moralmente es buena. Su objeto es conocer las esferas celestes, su movimiento circular, sus intersecciones, sus polos y sus distancias, y conocer también los astros, su movimiento de traslación, sus magnitudes, sus distancias y las órbitas de sus revoluciones. La utilidad de esta ciencia consiste tan sólo en que por ella se alcanza a conocer la perfección de la obra de arte /del cosmos/ y la gran sabiduría del Hacedor, su poder, su propósito y su libertad de elección. Esta es una utilidad muy noble, principalmente para la vida futura. En cambio, la astrología judiciaria es vana, porque está desnuda de pruebas apodícticas y es tan sólo una mera pretensión infundada. No se pueden contar, en efecto, cuántos son los juicios astrológicos mendaces que hemos observado, y si quieres comprobarlo, haz la prueba y encontrarás que sus mentiras son dobles en

número que sus verdades, lo mismo que pasa con la magia y la adivinación, exactamente igual sin diferencia alguna. 5.ª La medicina (tíbb), de la cual trataron Hipócrates, Galeno, Dioscórides y quienes siguieron su ruta... Es ciencia buena y apodíctica, pero útil tan sólo para la vida presente. Además no es un arte general, puesto que a menudo vemos que los habitantes de los lugares desiertos y de la mayor parte de los poblados se curan de sus enfermedades sin médico, y sus cuerpos gozan de salud sin tratamiento alguno, exactamente igual que quienes usan de medicinas, y aún más, llegando a vivir tanto como los que se medicinan, es decir, unos mucho y otros poco... Y si se objetase que también aquéllos usan de sus remedios, diremos que esos remedios no son de los corrientes que se ajustan a los cánones de la medicina, sino que, antes bien, son de los que los expertos en la ciencia médica reprueban, pues la mayor parte de tales remedios, usados por el vulgo, son mágicos, y por ello no tienen entrada en la medicina, para los que la profesan».<sup>34</sup>

En la segunda parte expone las ventajas del estudio de la revelación y el contenido de las verdades necesarias para la salvación, reveladas por el Profeta y a la vez comprobadas por la razón natural. Con respecto a la clasificación de las ciencias no puede ser más desmazalada esta exposición de las griegas, sin que en ella aparezca ningún criterio para su sistematización orgánica. Lo único que aparece en ella es su desprecio por las matemáticas y por la medicina, que no entraron nunca en la esfera de sus aficiones humanas.

El segundo de los opúsculos relativos a la clasificación de las ciencias se titula: «Epístola de la clasificación jerárquica de las ciencias»<sup>35</sup>. Sobre la naturaleza de este escrito afirma Asín Palacios: «Todas estas conjeturas (las que Asín había hecho en su *Abenhazam*) respecto del sentido aristotélico de la doctrina de este opúsculo deben ser rectificadas, porque, como vamos a ver, Ibn Hazm se enfrenta en él con el problema de la clasificación de las ciencias, más bien como teólogo y moralista, que como filósofo y lógico. No quiere esto decir, sin embargo, que el opúsculo carezca de valor desde estos dos últimos puntos de vista, pues en

<sup>34</sup> *Ibidem*, 34.

<sup>35</sup> *Clasificación de las ciencias*. Cf. nota 2.

él abundan datos y sugerencias interesantísimos acerca del contenido ideológico de todas y cada una de las ramas de la enciclopedia griega e islámica, si bien orientando siempre el razonamiento hacia el punto de mira religioso, para poner bien de relieve cuáles conocimientos son útiles o necesarios o nocivos, y en qué medida, para el fin último del hombre, su salvación eterna»<sup>36</sup>.

Esta clasificación original de Ibn Hazm, de criterio más bien teológico que aristotélico, viene resumida por Asín Palacios en estos términos: «Análoga, por el número septenario de las divisiones que abarca, a la clásica en Europa durante la alta edad media, se separa de ella, sin embargo, por ciertos aspectos. El *trivium* de Ibn Hazm tiene un sentido religioso: cada pueblo, en efecto, profesa su religión peculiar, la cual tiene sus libros sagrados escritos en una determinada lengua, y su historia propia. He aquí pues, tres ciencias que serán distintas para cada pueblo: la ciencia de la religión, la de su historia y la de su lengua. En cambio, las cuatro restantes, equivalentes al *quadrivium* latino, son para Ibn Hazm comunes a los pueblos, religiones, lugares y tiempos: aritmética, medicina, filosofía y astronomía.

«Hecha esta clasificación general, desciende en seguida a fijar el contenido y definición de las disciplinas particulares que cada género de los siete abarca. En los tres primeros se contrae, como es natural, a la religión islámica, cuyas disciplinas son: ciencia del Alcorán, ciencia del derecho (*fiqh*), ciencia de la tradición profética (*hadīth*) y ciencia del dogma (*kalām*). A ellas se agregan la ciencia del lenguaje (gramática y lexicología) y la de la historia (*ilm al-ajbār*). Historiador de profesión, Ibn Hazm esboza aquí una subdivisión de esta disciplina, según que narre los hechos de una cualquiera de las distintas razas y pueblos (musulmanes, israelitas, griegos, turcos, cázaros, negros, indios, chinos, coptos, sirios, persas, etc.), o, dentro de cualquiera de éstos, las vicisitudes de sus dinastías, ordenando la narración, en todo caso, bien por años, bien geográficamente...

«Pasando ya a definir y subdividir las cuatro ciencias restantes, comunes a todo pueblo, organiza con ellas el siguiente cuadro: 1.º, la astronomía, con su adlátere falaz, la astrología judiciaria; 2.º, la matemática o aritmética, con sus tres partes: le-

<sup>36</sup> *Ibidem*, 46-47.

yes de los números, su demostración apodíctica y su práctica para la agrimensura, etc.; 3.º, la lógica —es decir, la filosofía— que se divide en racional y sensible: aquella es metafísica o divina y física o natural; la sensible es tan sólo física; 4.º, la medicina, que admite varias subdivisiones: medicina del alma, o sea la ética, que es la ciencia de los hábitos morales y de su corrección, y medicina del cuerpo; ésta, a su vez, puede ocuparse en el estudio de los temperamentos, en el de la anatomía u organografía, en el de las enfermedades, sus causas y su curación; ésta todavía se subdivide en cirugía (reducción de dislocaciones y fracturas de huesos, sajar abscesos, cauterizar y amputar) y terapéutica o medicina propiamente dicha; finalmente cabe subdividirla en preventiva (higiene) y curativa.

»Al margen de esta clasificación, medianamente sistemática, de los conocimientos humanos, Ibn Hazm todavía coloca, a guisa de apéndices o residuos, tres disciplinas más: 1.ª, la poética, que estudia los versos en su texto original, en su sentido o interpretación, en sus bellezas y defectos (crítica estética), en sus géneros, metros y rima; 2.ª, la retórica (al-jalāga), y 3.ª, la interpretación de los sueños (al-ihāra), que son, más que ciencias autónomas, resultado de la asociación de dos o más ciencias de las antes mencionadas».

Y termina Así este cuadro sinóptico con las siguientes apreciaciones: «Huelga que nos detengamos a señalar los defectos de esta clasificación de la enciclopedia islámica, en la cual Ibn Hazm, si aprovecha en parte los datos de la aristotélica y avicennista, prescinde de su rigor científico en el criterio que la fundamenta, omite de ella algunas disciplinas tan salientes como la economía y la política, y en cambio, introduce otras cuyo carácter científico es más que discutible. Pero a esta última crítica adelantase, acto seguido, el mismo Ibn Hazm, examinando el sentido vulgarmente otorgado a la palabra «ciencia» (ilm), en cuyo concepto pueden entrar todas las disciplinas humanas, así especulativas como prácticas. Y bajo esta última acepción, no hay derecho alguno, según Ibn Hazm, para negar el título de ciencias a varias artes y profesiones, como el comercio, la sastrería, el arte textil, la navegación, la agricultura, la arquitectura, etc.»<sup>37</sup>.

<sup>37</sup> Ibídem, 52-54.

## CONCLUSIÓN

Después de todo este recorrido por las obras de Ibn Hazm con miras a descubrir su teoría sobre la ciencia y sobre su criterio de clasificación sistemática, podemos llegar a las siguientes conclusiones.

En cuanto a su concepción de la ciencia, es de notar en primer lugar su tradicionalismo rígido, que varios siglos después habría de encontrar defensores tan acérrimos a partir de Bonald. Es un medio fácil de asegurar la validez de nuestros conocimientos y el dominio de Dios sobre los hombres, propio de situaciones históricas de grandes polémicas que llevan consigo la desconfianza de la razón humana.

Es muy de alabar la postura de equilibrio que adoptó Ibn Hazm en lo sistemático. Es la resultante obvia de todo fanatismo. La falta de comprensión en otros nos lleva a la superación de ese desequilibrio por medio de un esfuerzo grande para no incurrir en él. Es una lástima que los métodos dialécticos de su época llevasen al polígrafo cordobés a utilizar las mismas armas que sus adversarios. Con lo cual su equilibrio de respeto por toda la verdad científica se descompensó con su intransigencia en tratar a sus adversarios. Según Asín Palacios, esta falta de moderación en sus disputas fue la que le hundió en el olvido de todas las escuelas. A ninguna de ellas le resultaba agradable ensalzar o reconocer los méritos de un hombre que las trataba tan duramente a todas. La lección ha sido completa al ver que se ha necesitado un hombre de la serenidad y espíritu de comprensión de Asín Palacios para reconocer y descubrirnos a los demás el valor científico de un hombre que, a pesar de sus invectivas contra el cristianismo, tenía otras muchas buenas cualidades, que era necesario tener en cuenta para apreciar su genuina significación histórica.

En cuanto a la clasificación de las ciencias, Ibn Hazm conoce ciertamente la enciclopedia griega, y en concreto a Aristóteles. No se ve que le haya impresionado especialmente la clasificación jerárquica de las ciencias según el criterio de los diversos grados de abstracción, que fue el que presidió la división aristotélica.

Cuando trata de hacer alguna clasificación de las ciencias o

tiene en cuenta el orden pedagógico que solía seguirse en las escuelas de la España musulmana medieval, o intenta él hacer una clasificación propia con miras a una mayor preparación para los estudios teológicos o para su profundización y defensa. Por eso adolece su clasificación de esa falta de rigor en su criterio y en un esquema orgánico que unifique a todas las ciencias en una estructuración sistemática y bien trabada.

En cuanto a los detalles de la división aristotélica, hay que hacer resaltar lo siguiente. Ibn Hazm ha sacado a la matemática de la filosofía en contra de la teoría aristotélica de los grados de abstracción. Por lo demás, esto era ordinario en las escuelas musulmanas medievales: consideraban a las matemáticas como un ejercicio de agudización de la inteligencia y una buena preparación para poder internarse después en los problemas abstrusos de la filosofía. La especialización posterior de las ciencias ha hecho que la matemática no sea estudiada como parte de la filosofía; si bien modernamente una mayor profundización de la matemática es la que ha llevado a la construcción de grandes sistemas filosóficos.

Es original la idea de Ibn Hazm de haber incluido a la ética en la medicina. Es perfectamente concebible, supuesto que para él la medicina era una ciencia profana y en la que no eran grandes sus conocimientos. Al no tener un criterio fijo para la división de las ciencias, es lógico que llenase el hueco de la ciencia de curar a los hombres con lo que él consideraba como la ciencia por antonomasia de la sanidad, es decir, la que cura no a los cuerpos, sino a las almas de la que depende en definitiva la salvación del hombre. Su desconocimiento, por otra parte, de los principios sanitarios, y el no haber sido, como otros grandes filósofos musulmanes, un profesional en la medicina, explica también el que no despertase en él la estima que se merece. El no encontrar a la ética en la ciencia teórica de Aristóteles le hizo buscar un sitio en una de las ciencias prácticas, que aunque él no la estimaba grandemente, la veía muy apreciada por otros sabios de su época.

Cuando nos hace una clasificación de las ciencias que de alguna manera se acerca a la aristotélica, la metafísica ocupa siempre el último puesto. Es la última de las ciencias de la razón y la que más directamente prepara el terreno para comprender los datos de la revelación. Más aún, de hecho en sus obras nunca hizo una se-

paración neta entre metafísica y teología revelada. La metafísica viene a confirmar los datos de la revelación, y en las pruebas de sus obras van mezclados argumentos metafísicos con argumentos teológicos. Y ya hemos visto que la teología es el coronamiento natural en el ascenso a una sabiduría completa. Todos los demás conocimientos van sirviendo de preparación para la teología, tanto en el orden pedagógico del aprendizaje como en la exposición sistemática de sus obras. Ibn Hazm ha seguido en esto el orden natural de la adquisición de nuestros conocimientos y no supone ningún cambio sustancial en el lugar que tradicionalmente ocupó la metafísica desde Aristóteles hasta sus días.

Por lo mismo que no se establece ningún criterio interno de clasificación de las ciencias, tampoco se excluye de la división a ninguna rama del saber humano que sea susceptible de cierta organización sistemática. Con esto la ciencia aristotélica se ha abierto a horizontes nuevos, tanto en un orden superior a la razón humana, es decir, en el campo teológico de la revelación con conocimientos que superen la demostración e incluso la evidencia natural, como en el orden inferior de conocimientos prácticos que no lleguen a la categoría de la universalización del dato sensible propio de la física. En ambos terrenos, tanto en el teológico como en el de la razón natural, establece dos criterios que son los que regulan la inclusión o no de un conocimiento en la categoría de la ciencia. En el teológico no se admite otra norma que la de la autoridad divina. Ninguna autoridad humana con sus analogías o interpretaciones puede tergiversar el dato de la revelación. Solamente lo que dé el sentido literal de los textos sagrados. En lo humano no se admite más juez que el de la pura razón apodíctica exenta de prejuicios de escuela. Lo que se pueda demostrar con argumentos apodícticos o lo que conste en el dato de la revelación es lo único que puede ser incluido en la categoría de conocimiento científico.

Así se explica la importancia que se da a la lógica y al lenguaje, que son los dos medios decisivos para determinar el valor de un argumento. Su estima de la lógica obedece únicamente a que le ayuda a distinguir lo apodícticamente cierto de lo meramente probable o retórico; y el lenguaje es el que sirve para precisar la fuerza de las proposiciones del libro sagrado. Por lo demás, el haber considerado al lenguaje y a la filología como a una ciencia necesaria para la determinación de las ideas religiosas, filóso-



ficas y jurídicas, lo aproxima bastante a la mentalidad de nuestro tiempo, en el que tanta importancia se da a la filosofía del lenguaje.

Terminemos, pues, diciendo que no existe más criterio en la clasificación de las ciencias del filósofo cordobés que el que dicta su cercanía o preparación para el saber teológico que en definitiva, según Ibn Hāzm, es el único que debe interesar al hombre, si de veras se preocupa de su salvación eterna.

*Salvador Gómez Nogales, S. J.*

Facultad de Filosofía. Alcalá de Henares. Madrid.